

## XI

La principal y más conocida iglesia de Villa Gesell estaba ubicada en un punto estratégico de la ciudad: en el cruce de las avenidas Buenos Aires y 4. Martín llegaba tarde, como lo hacía habitualmente cada vez que tenía que participar de algún evento social posterior al trabajo. Apuró el paso porque esta vez la demora no era una opción aceptable y Lola jamás le perdonaría una nueva impuntualidad ahora que ambos se encontraban ante un hecho verdaderamente histórico en la familia.

Cuando arribó, la mayoría de los presentes ya estaban acomodándose en los bancos de madera distribuidos salomónicamente a ambos lados de la nave principal que desembocaba en el altar, aunque otros preferían esperar hasta último momento afuera de la capilla porque en el interior de la misma hacía mucho calor. Si bien era una construcción amplia, con dos grandes naves laterales sin tribunas y una salida que daba a unas escalinatas de un color azulado desparejo, como si fuesen trozos de océano, que llegaban hasta las veredas de ambas avenidas y un techo alto, las immaculadas paredes blancas tenían pequeñas ventanas que no le permitían al viento fluir con tanta facilidad.

El joven estiró las arrugas del saco de su traje negro y en la puerta saludó a su padre y se abrazó con su mamá. Su hermana Clara y su familia también habían viajado desde Quilmes para estar allí presentes. Todos se veían tan elegantes, reluciendo sus mejores ropas, que parecían muñequitos de torta. Aquel cuadro era como una maqueta superficialmente perfecta. “Como en las viejas épocas”, se escuchó, a la pasada, exclamar a una señora mayor invitada a la ceremonia. No sé si antes dejaban que estas cosas pasaran, pensó él.

Luego, Martín aceleró sus movimientos, saludó rápidamente a otros conocidos y se dirigió hasta final del pasillo que desembocaba en el altar donde estaba Dolores, quien lo aguardaba preocupada junto a su mamá.

-Perdón por la tardanza. Se me hizo tarde en el negocio. Pero ya estoy listo. ¿Falta que llegue alguien más?

-No. Sólo faltan los novios -respondió Dolores con un gesto serio mezclado con un tono de reproche que anticipaba que más tarde hablarían sobre el tema de las llegadas tarde, aunque no en ese momento, el cual era el menos indicado para iniciar una discusión que arruinara el festejo que se estaba por empezar.

Martín se ubicó en su lugar y Lola en el suyo. Todo ya había sido ensayado en la semana y calculado hasta el último detalle por las mujeres Aqua. La pareja, al igual que el resto de los presentes, ahora esperaba callada la entrada del cura. *El padre Pablo* era un hombre joven, fanático de Boca, tema infaltable en cada una de sus misas. “Recemos también para que boquita gane esta tarde”, bromeaba al final de sus sermones de cada domingo. Siempre se lo veía contento, derrochando calidez, y cuando se paró junto al ambón para dar comienzo a la ceremonia no fue la excepción. De pie frente al cura, se podía ver la contracara: Javier, tan tenso y nervioso que su rostro estaba colorado y desbordado de un sudor congelado. No hacía una mueca y casi tampoco parpadeaba.

El cristal de silencio y ansiedad estalló hasta desintegrarse con el primer acorde de la marcha nupcial que se disparó desde el órgano situado a uno de los costados de la tarima, en el coro semicircular detrás del altar. Belén entró a la iglesia de la mano de *Néstor*, el padre de su novio. A la joven se la veía muy emocionada, al borde de las lágrimas. Teresa, parada junto a Javier, directamente no aguantó y comenzó a sollozar. No había nadie quien no deseara en ese preciso momento que Toni estuviese presente,

como se lo merecía. Hubiera sido lo más justo que el padre entregara a su hija en su casamiento, pero en la familia Aqua las cosas nunca ocurrían de acuerdo a sus deseos.

La entrada de Martín a la vida de los Aqua había sido una bola blanca rompiendo el triángulo sobre la mesa de pool y el casamiento de Belén la primera entrada a la buchaca que empieza a acomodar los tantos. La hermana de Lola se mudó con su flamante marido a una casa en barrio norte que Néstor, un próspero dueño de varias farmacias, les regaló para su boda a cambio de que la pareja trabajara para él en sus negocios.

Martín no había terminado de festejar las proezas de Maradona en el Mundial de México cuando recibió con sumo agrado y de su novia la noticia de que le dejaban a cargo la panadería de Toni. Aquello implicaba no sólo mayores responsabilidades laborales sino también un serio compromiso en su relación con Dolores. Era evidente que ella confiaba en él ciegamente y planificaba a largo plazo.

*El verano del amor* llegó a la villa con 18 años de retraso pero con la misma fuerza. No sólo el sentimiento y la pasión crecieron exponencialmente, sino también el negocio y esto último se debió a un aluvión turístico. Lola repartía sus horas entre su profesorado de inglés y el local donde Martín pasaba casi todo el día.

Una tarde ella atendía la caja, como siempre, mientras él hablaba por teléfono con uno de los tantos proveedores.

-¿Te diste cuenta que pasamos la mayor parte del día juntos? -preguntó Lola una vez que su novio cortó el teléfono.

-Sí, ¿por? -respondió él, aún inmerso en su reciente conversación telefónica.

En el local ya no quedaban clientes y ella empezaba a hacer las cuentas y cerrar los números, al tiempo que él garabateaba unas cifras en su cuaderno *Gloria* rayado y de tapa blanda, el cual llevaba a todos lados haciendo las veces de agenda.

-¿Por qué no nos casamos y vamos a vivir juntos? Yo sé que suena un poco atrevido, pero tampoco es una locura.

Martín la miró alzando el entrecejo. No es que le parecía una idea descabellada, de hecho, tras el casamiento de Belén sabía que ése paso al que se refería su novia era inevitable de tomar en el corto plazo. Entonces hizo una pausa en la que lo abordó una ligera sensación de disgusto ya que hubiera preferido ser él quien lanzara la propuesta y que ésta fuese una sorpresa y luego de tragar saliva respondió:

-Nunca lo habíamos hablado, pero quiero que sepas que me encantaría y que planeaba pedírtelo, pero un poco más adelante.

-¿Por qué no ahora?

-No es tan fácil. Mi papá no es Néstor. ¿Dónde iríamos a vivir?

-Siempre pensado en lo material.

-No es eso. Lo que digo es que el negocio marcha bien pero todavía no nos alcanza para comprar una casa. Habría que ahorrar un poco más, ¿no te parece?

-Entonces compremos un terrenito y construyamos.

-Esa posibilidad también lleva su tiempo, Lola.

-¿Sabés qué pasa? Me parece que no estás seguro.

-¿Seguro de qué? ¿De comprar una casa o un terreno?

-No te hagas el tonto, por favor. No estás seguro de casarte conmigo.

-Sí que estoy seguro de eso. Lo de la casa o el terreno no es una excusa. Te prometo que lo vamos a hacer.

-Bueno. Y si te dijera que podemos ir a vivir a mi casa, ¿qué dirías?

-¿Con tu mamá?

-Sí. ¿Cuál es el problema?

-Ninguno –mintió él.

-Es lo mejor forma de ahorrar. Espacio hay, y de sobra, y vos estás siempre quejándote de tus viejos. Además, yo no puedo dejar sola a mamá en este momento. Primero se fue papá, ahora Belén. No quiero que se quede sola del todo.

-No sé, la verdad que no sé.

-¿Qué no sabés? -insistió ella, impaciente.

-Qué sé yo. A veces pienso en muchas cosas. ¿A vos nunca se te ocurrió vivir en otro lado que no sea la villa?

-¿Otro lugar como cuál?

-Y... no sé. Hay otros lugares lindos como Mar del Plata, por ejemplo.

-Sí, pero allá es como Buenos Aires con mar. Mucha gente, mucho lío y, sobre todo, mucho cemento.

-También está La Plata.

-¡Claro, que tonta soy! Me olvidaba de tu ciudad encantada.

-¿Encantada? ¡¿Qué decís?! –reaccionó Martín haciéndose el ofendido.

-Vos sabés muy bien a lo que me refiero.

-Otra vez la misma historia... Ya te dije mil veces que no tengo más contacto con Sofía. Eso se terminó hace muchísimo tiempo.

-¿Seguro?

-Sí, seguro. Sólo te quiero a vos. En serio. Dejá de pensar en eso porque lo único que lograrás es hacerte mala sangre al pedo.

Martín se acercó a su novia, la rodeó con sus brazos mientras ella miraba hacia adelante, evitando el contacto visual con su hombre. Pero él le acarició el pelo y la besó

en el cuello. Ante ello, Lola cedió y giró su cabeza para finalmente posar sus labios en los de su novio. Así se quedaron un rato, entre mimos que ayudaron a despejar las dudas del muchacho, quien accedió a ir a vivir a la casa de la joven pero pensando que iba a ser algo provisorio hasta poder comprar su propia vivienda para ellos dos solos y donde formar una familia.

La pareja se casó fines de 1987. Fue una ceremonia muy sencilla, a orillas del mar, con una fiesta que comenzó al mediodía en la playa y que siguió por la noche en un hotel céntrico de la villa. Fue un momento de suma alegría y felicidad en el que los novios se vieron más unidos que nunca.

Pero al comenzar con los preparativos de la boda la pareja había mantenido sus primeras grandes peleas. Ella, como una típica joven surgida del seno de una familia tradicional, quería casarse por civil y de blanco por iglesia. Además, su hermana mayor, a la que admiraba y a veces envidiaba cuando no la superaba en esas competencias implícitas entre hermanos, lo había hecho así y ella no podía ser menos.

Él, en tanto, no quería pasar por la iglesia. No creía en esa institución, no solo por el importante deterioro que la misma había sufrido durante los últimos años en el país y en el mundo, sino también porque renegaba de los compromisos religiosos que de chico había tenido que asumir por pedido expreso de sus padres. Y si bien ahora se encontraba en un momento de cierta madurez, la sola idea de tener volver a pisar una iglesia le producía el mismo disgusto que había sentido de niño.

En aquellos tiempos, al chico le encantaba escuchar los domingos a la mañana las clasificaciones del turismo carretera. Pero como su padre, fiel a su nacionalismo cristiano, y su madre, una mujer practicante con una fe inalterable, lo obligaban a ir a misa, siempre se terminaba perdiendo el apasionante final de la carrera.

También tuvo que asistir a las clases de catequesis y a los 10 años tomar su primera comunión. Ya entrada la adolescencia, Martín opuso menos resistencia a su participación en la iglesia porque entendió que era un hábito que no iba a poder modificar mientras viviera con sus padres.

Martín consideraba que su situación actual era radicalmente diferente porque se había vuelto un hombre casi totalmente independiente a nivel económico y a punto de empezar su propia familia, y ese razonamiento se convirtió en el argumento más sólido para decidir hacer lo que él realmente quería y no actuar en base a los deseos de los demás, a los que se había sumado hasta su mejor amigo Leo, quien se había casado unos meses antes con Caro.

En ese casamiento fue precisamente cuando se había empezado a gestar la unión formal entre Martín y Dolores o, por lo menos, cuando la idea se quedó a vivir en la mente de ella, quien se terminó convirtiendo en el centro de las miradas de la fiesta cuando atrapó el *bouquet*.

Martín no quería ceder pero al mismo tiempo deseaba hacer feliz a Lola y sabía que con una boda lo más perfecta posible lo haría. Después de varias discusiones, los novios llegaron a un acuerdo: ella tuvo su vestido de blanco y al padre Pablo que bendijo los anillos; y él logró que la ceremonia se celebrara a orillas del mar. Por suerte, aquel día tuvo un clima ideal para estar en la playa. Poco viento, pleno sol y un calor sin excesos.

El casamiento de Martín y Dolores fue un evento que se recordó durante mucho tiempo en la villa. Es que involucraba, nada más y nada menos, que a la bella hija menor de Toni y a su rebelde novio. La mayoría de los invitados, que no fueron muchos

por cuestiones de presupuesto, no podía creer que esa joven pareja había logrado alcanzar el matrimonio.

-¿Te imaginaste alguna vez qué hubiera sido de tu vida si Sofía no te pateaba? - preguntó Leo, padrino de bodas, a Martín cuando ambos ya estaban borrachos a las seis de la mañana en una fiesta prácticamente desierta.

-Seguro que acá no estaría.

-Pero, ¿te lo preguntaste alguna vez?

-¿Para qué? No tiene sentido. Estoy acá ahora. No será lo ideal, ni mi sueño hecho realidad pero es lo que es, a lo que llegué y me hace feliz. Además, esto recién empieza. Somos jóvenes todavía, con toda una vida por delante. Y nos va a ir muy bien, ya vas a ver. Acordate de lo que te estoy diciendo.

-Bueno, me alegra que seas feliz y que tengas ese optimismo. Eso sí, nunca te olvides de mí.

-¡¿Cómo me voy a olvidar de vos?! Gil. Hablás como si te fuera a pasar algo malo.

-No, no pienso en eso. Pero a veces me gustaría tener tu actitud, tu mentalidad ganadora.

-Leo, ¿quién dice que soy un ganador? Dejate de joder.

-Lo sos, en serio. Pero, ¿sabés por qué? No son las minas, la plata, el laburo y esas cosas...

-¿Entonces qué es?

-Vos sos un tipo que siempre encuentra la vuelta para hacer lo que realmente quiere y eso no te da miedo. Es muy difícil ser así de libre por estos días, pero vos lo lográs, no sé cómo, pero lo hacés.



-¡Qué en pedo estás amigo! No podés parar de decir boludeces, Mejor hacete el fresco que ahí viene Caro y tenés que manejar hasta tu casa, y si te ve así te va a cagar a pedos.

-A eso me refería justamente cuando hablaba de no tener miedo a ser libre -Leo se levantó del sillón esfuerzo y cuando estiró ambas pierna trastabilló-. Ves que no estoy tan borracho.

-Bueno che, no te quejés tanto que no te va tan mal -dijo Martín, quien apenas terminó la frase guardó silencio y agachó la cabeza buscando su trago ante la inminente llegada de la mujer de su amigo.

“Vamos Leo”, pidió ella con gesto serio. Entonces, su marido abrazó a su amigo recién casado para despedirse. “Otro día la seguimos. Cuando pase un tiempo y sepas de lo que hablo”, susurró Leo al oído de Martín y luego caminó de la mano de Caro hasta el exterior del hotel.

Martín se quedó parado viendo cómo se iba su amigo. Lo siguió con la mirada sólo para quedarse tranquilo de que no rodara por el suelo. Leo tambaleó pero no se cayó, lo que el novio agradeció porque su estado era tan parecido al de él que jamás lo habría podido ayudar a levantarse.

Lola, por su parte, despedía a su hermana y a Javier que iban a llevar a Teresa a la casa. La única sobria de todos ellos era la madre y esta situación le causó a Martín mucha gracia porque nunca había visto así a su flamante esposa. Es más, ni se lo había imaginado porque casi no tomaba bebidas alcohólicas excepto por algún que otro fin de semana en el que se celebrara algún cumpleaños o reunión entre amigos.

Tras los saludos de rigor, Dolores regresó hasta el interior del salón, en el que ahora sólo permanecían sus empleados, y vio que su pareja se había tirado nuevamente sobre los sillones ubicados al lado de los baños, como si se hubiera desmayado.

Esa noche tan especial la iban a pasar en el hotel, ésa era su “luna de miel”, aunque él le había prometido que, en cuanto “cerraran los números”, iban a hacer un “lindo viajecito”. Pero en ese momento a ella lo único que realmente le importaba era el destino del recorrido que acababan de iniciar juntos.

## XII

Dolores se sentía despedaza, como cada vez que Martín se iba de viaje por trabajo hasta la Capital Federal y el Gran Buenos Aires, donde se reunía con distintos proveedores y, especialmente, con *Luis Dorrego*, el dueño del local a quien trataba imperiosamente de convencer de que le vendiera el comercio a un precio razonable. “No puedo creer que Toni nunca se decidió a comprar el boliche”, había dicho Martín apenas se enteró, después de muchos años, que la panadería no era propiedad de los Aqua. Es que su difunto suegro era muy amigo de Dorrego y acordaba todo de palabra, como en un pacto de caballeros. Pero ahora eran otros tiempos y el yerno de Antonio no quería correr el riesgo de quedarse sin nada, y menos a partir de cómo marchaba el negocio.

Lola sabía muy bien que en cada uno de esos viajes, que duraban desde temprano por la mañana hasta muy tarde a la noche, su esposo iba a pasear un rato por su querida La Plata. Él le decía que iba a ver a Don López, Manuel y el señor Torrado, pero también otra persona del pasado de su marido involucrada. Por esa razón, en el último viaje lo había acompañado para sacarse sus dudas y despejar todas las incógnitas. A veces es preferible no saber nada, pensó ella mientras se secaba las lágrimas y caminaba hacia la casa en su hermana.

Belén le abrió la puerta enseguida y se preocupó al ver los ojos rojos de su hermanita. “No llores más, Loli. Vení. Pasá”, le dijo al tiempo que la abrazaba y así ambas cruzaron juntas el umbral de su dúplex, un típico chalecito de la villa, de ambientes chicos pero en dos pisos. En la planta alta se encontraba la habitación matrimonial que Javier había dividido en dos con una pared de madera en el medio y alargado el piso, como si fuese una especie de balcón sostenido por pilotes del mismo material, para obtener así un segundo dormitorio más pequeño para *Lucas*, el hijo del

matrimonio, quien en ese momento se encontraba junto a su padre que después de pasarlo a buscar por el jardín de infantes lo había llevado a dar una vuelta a la calesita

Con la casa a su entera disposición, las dos mujeres se sentaron a la mesa de la cocina de la planta baja y empezaron a matear. Pero Lola estaba tan descompuesta que tomaba uno cada dos o tres rondas.

-Creo que alguna vez te dije que tenías que tener cuidado con Martín. Que no era de fiar, ¿o no? -arrancó Belén como si fuese la maestra de Dolores, no su hermana mayor.

-Yo sé que nunca lo aguantaste, pero no me vengas con un sermón justo ahora. Es inútil. Además, tuviste siempre tan mala onda con él que ni siquiera lo conocés. Así que mejor ahorrarte las críticas.

-¿Y para qué viniste si no vas a soportar ni un comentario?

-Vine porque sos mi hermana y necesito tu apoyo, que me des una mano para hablar con mamá.

-Pero mamá vive con vos. ¿Me vas a decir que no sabe nada? ¿O te pensás que es tonta?

-No. Ya sé que ella se imagina lo que pasó porque cuando llegamos de La Plata tuve con Martín una flor de discusión.

-Entonces no le digas nada. Si ya escuchó todo. Acá, lo importante es que decidas que es lo que vas a hacer con vos.

-Belén, no voy a dejar a mi marido. Primero porque él me niega todo, rotundamente, y yo, como su esposa, le tengo que creer. Y segundo porque si me miente lo perdonaré, por más que me duela.

-Pero mirá como estás. ¿Vale la pena seguir así? Digo, más allá de que le creas o lo perdones.

-Es que no me queda otra -aseguró Lola con la mirada fija en el rostro serio de su hermana que ahora la observaba confundida.

-¿Por qué? No te entiendo.

-Porque creo que estoy embarazada. Por eso -respondió Lola apoyando ambas manos sobre su panza.

Entonces, Belén observó en silencio el vientre de su hermana, que no llevaba más de dos meses de gestación y entendió que aquella noticia cambiaba el escenario, por lo que había que meditar muy bien las decisiones que se iban a tomar.

-Ay, Loli -Belén acarició la panza a su hermana-. En el momento justo, ¿no?

-Bueno, che. ¿Qué querés? -Dolores miró a su hermana a los ojos-. Vos sabés que hacía tiempo que lo estábamos buscando y se dio así...

-Uno propone y Dios dispone. Ya sé -asintió Belén-. Pero quedate tranquila que todo va a salir bien.

-No lo sé, Belu, yo jamás podría criar este hijo sola.

-Eso es cierto.

-Al fin nos ponemos de acuerdo en algo.

-¿Y esto es lo que querés decirle a mamá y no sabés cómo?

-Y, con todo este lío, no sé cómo va a reaccionar.

-Me parece que tendrías que preocuparte más por la reacción que va a tener Martín cuando se lo digas. ¿O ya se lo contaste?

-No, no. Todavía tengo que ir a ver al médico para confirmarlo. Hasta entonces no pienso decirle nada.

-Está bien -Belén tomó a su hermana de la mano y la apretó con fuerza.

-Mirá, a esta altura ya no sé qué está bien y que no.

-¿Y quién sabe? Por ahí, este embarazo los una más a los dos.

-Ojalá. Ojalá -suspiró Lola mientras se dejaba caer contra el respaldo de la silla y miraba hacia el cielo raso de machimbre.

-Es más, con Javi estamos pensando en darle a Luqui un hermanito, o hermanita.

-¡¿En serio?! -exclamó Lola reincorporándose de un rápido movimiento-. ¡Qué lindo!

-Bueno, no te embales, eh. Hay que ver si se da...

-Lástima que no está papá, ¿no?

-Ajá.

*Milagros Mare* nació una tarde de agosto de 2002. Por esos días, se anunciaba oficialmente que se adelantaban las elecciones presidenciales para definir al sucesor de un gobierno interino que había tratado de enmendar el colapso de su predecesor y ahora se encontraba condicionado por la violencia que reinaba en las calles repletas de gente a la deriva, presa de la desesperación. Sin embargo, ese nefasto marco en el que Martín y Dolores pintaban su obra empezaba para ellos a nutrirse de un nuevo lienzo, colorido y vivaz.

El negocio de la pareja ya no era el mismo. La histórica panadería *Aqua* había sido reemplazada durante el primer lustro de los 90' por el café bar *MareA*. Este local se mudó de la periferia al centro comercial de la villa y, para no traicionar la memoria de Toni, Martín había decidido seguir vendiendo productos panificados, a los que les agregó el servicio de cafetería. Esta idea funcionó y sus frutos les permitieron a sus dueños recaer sobre un mullido colchón para descansar, primero de la recesión de finales de esa década y luego de la salida de la convertibilidad y el *crack* de la economía de principios de siglo.

En medio de todos estos vaivenes financieros había quedado postergado el plan de la pareja de formar su propia familia y eso se había debido, en gran parte, a las posturas adoptadas por Martín, quien en un inicio, cuando el negocio floreció y tenía un muy buen pasar económico, argumentó que todavía eran jóvenes; y posteriormente, tras el fuerte golpe que significó la crisis, decidió esperar hasta que la situación mejorara. Así transcurrieron 14 años de matrimonio hasta que Lola se plantó con firmeza. “Se nos está acabando el tiempo”, sostuvo ella en una de las últimas charlas sobre el tema que mantuvo con su marido, meses antes de que resonaran las cacerolas y los balazos en la Plaza de Mayo de diciembre de 2001.

En aquel punto de quiebre de su propia historia Martín seguía sosteniendo que no era el mejor momento para ser padres aunque él lo deseaba y, a la vez, coincidía con su mujer en que ya estaban lo suficientemente grandes para hacerlo. Y así fue que buscaron el embarazo que finalmente llegó.

Salvo por unas pocas semanas antes y después del nacimiento de Eme, Lola se dedicó a la contabilidad del negocio, encerrada en su oficina, delante de la computadora, mientras que su esposo manejaba el resto del local y prefería pasar más horas por las noches detrás de la barra del bar, en especial, durante la temporada.

El verano de 2003, como se preveía, no era de lo mejor. Pocos turistas y *gasoleros* no significaban un gran negocio. Por entonces, Martín pasaba más tiempo en el local, donde no podía asumir los costos de mantener muchos empleados, que en su casa con su esposa y su bebé. Ese estilo de vida lo mortificaba un poco ya que le recordaba las cosas que nunca le habían gustado de su padre, como la devoción de éste por el trabajo, por lo que en su interior libraba intensas batallas por romper con aquella tradición familiar.

Una tardecita de fines de febrero, en el negocio había unos pocos clientes merendando después de la playa mientras Martín estaba sentado en su banqueta junto a la caja, escuchando un poco de música y mirando hacia la puerta. Era un local rectangular, con un piso de mosaicos a tono con la madera de las sillas y mesas que se distribuían a lo largo y ancho del salón. El frente completamente vidriado permitía observar desde la distancia cuadros y fotografías de paisajes playeros que adornaban las paredes cremas.

Sus ojos no enfocaban y, oscilantes, atravesaban el cristal. Sin embargo alcanzó a ver a una mujer mayor parada en la vereda, mirando hacia adentro, con la mano derecha sobre la frente, como una especie de visera, y apoyada en el ventanal. Le llamó la atención y decidió memorizar, por si acaso, cada uno de los movimientos de aquella desconocida y solitaria señora que parecía buscar a alguien o algo en particular.

Al cabo de unos minutos, la mujer entró despacio y caminó directo hacia la barra donde Martín seguía observándola cuidadosamente. A esa hora, lo más común hubiera sido que un grupo de jóvenes entrara a pedir alguna bebida alcohólica para empezar “la previa” de la noche.

La desconocida dio unos pasos con dificultad y se paró junto a la caja.

-Estoy buscando a Dolores Aqua -dijo ella con un inconfundible tono italiano, pero en un español perfectamente entendible.

-No se encuentra. Pero yo soy su marido y ambos somos los dueños de este lugar. ¿En qué la puedo ayudar?

-En realidad busco a Teresa Ventura. Soy una vieja amiga de ella. No la veo hace muchos años y me dijeron que estaba viviendo en Gesell.

-Sí. Vive con nosotros.

-Me lo imaginaba.



-¿Por qué? -preguntó Martín sorprendido.

-Porque también me enteré que Antonio, el esposo de Doña Teresa, murió y supuse que ella no se iba a quedar sola.

-Pero Toni murió hace casi veinte años. ¿Dónde estuvo usted durante todo ese tiempo?

-En Italia. Regresé hace poco.

-¡Ah! -exclamó Martín, quien se levantó de la banqueta y se puso de pie más cerca de la señora-. Mal momento para venir a este país.

-Así parece. No es el mismo que yo conocí la primera vez que estuve por acá, hace unos cuarenta años.

-Me imagino. Es que pasaron muchas cosas. Demasiadas.

-Sabe, yo vine a la Argentina con Antonio y Teresa, cuando los tres éramos muy jóvenes.

-Mire, usted -Martín arqueó las cejas esperando que la mujer continuase con su relato o le diera más precisiones sobre el motivo de su visita, pero la desconocida guardó silencio-. Disculpe señora, pero, ¿cómo me dijo que era su nombre?

-Josefina.

-Mucho gusto -Martín hizo una pausa y luego estiró su brazo derecho para estrecharle la mano-. Disculpe, Josefina, pero yo estoy trabajando ahora y no puedo quedarme hablando con usted. Pero si quiere, pase mañana temprano por acá que seguro la encuentra a Dolores. Por ahí hasta la ve a Teresa que a veces viene y cuida del bebé.

-¿Bebé?

-Sí. Milagros. Nuestra hija. Tiene siete meses.

Martín no entendió por qué estaba dando tanta información sobre su familia a esta mujer que si bien parecía ser inofensiva, no dejaba de ser una completa desconocida.

-Si no es mucha molestia, me gustaría pasar a saludar. No voy estar muchos días por acá -dijo la mujer.

-No hay problema.

Entonces la mujer se despidió y abandonó el negocio, tras lo cual, Martín se arrepintió inmediatamente de no haber sido un poco más desconfiado y reservado, aunque, por el otro lado, no tenía demasiados elementos para sospechar de aquella vieja paisana de su suegra.

Martín llegó a su casa de madrugada, poco después de las 2. Había decidido cerrar temprano porque no había mucho movimiento en el local. Y como cada vez que se metía en la cama, Lola se despertó y charlaron un rato en voz baja para no molestar a la beba, antes de volver a dormirse.

-¿Mucho trabajo?

-Más o menos. A la tarde hubo movimiento, pero a la noche estuvo muy tranquilo. Demasiado.

-Y... ya queda poca gente, ¿no?

-Sí. La temporada está casi terminada. Lo único bueno de todo esto es que en pocos días vamos poder cerrar más temprano y dormir un poco más. Pero después, en el invierno, no sé qué vamos a hacer.

-Los números todavía cierran. Quedate tranquilo. No nos sobra mucho, pero por lo menos no le debemos nada a nadie.

-¡Qué alivio! -expresó él con una sonrisa socarrona.

-No seas así. Miralo a Leo: Caro me contaba el otro día que están tapados de deudas y que probablemente tengan que cerrar el negocio cuando termine el verano.

-Sí, sabía. Hablé con él. Pero menos mal que en el invierno tienen el trabajo de ella en la escuela. Con eso, un tiempo les va a alcanzar -dijo Martín mientras se daba vuelta en la cama dándole la espalda a su mujer- ¿Cómo se portó Mili hoy?

-Bien. Es un ángel. Durmió la siesta, después cenó sin problemas y la acosté temprano. El único problema es que mamá se siente un poco mal. Le duele mucho la espalda por el reuma.

-Ahora que nombraste a tu mamá me acordé de contarte algo.

-¿Qué?

-Hoy a la tarde vino al negocio una mujer, Josefina, buscando a Teresa. Dijo que era una amiga de la infancia de Italia -recordó él girando su torso para colocarse de frente a Lola.

-¿Josefina? No me acuerdo de ninguna amiga de mamá con ese nombre. ¿Y el apellido?

-No me lo dijo o capaz que yo me lo olvidé. Pero me pareció raro que siendo una señora mayor anduviera sola. También me contó que iba a estar unos días en la villa, así que le dije que pase mañana por el local.

-Qué raro, che. ¿No estará confundida esa señora?

-Qué se yo. Me voy a dormir. Estoy muerto.

-Bueno. Mañana le voy a preguntar a mamá a ver qué me dice. Ella seguro que debe saber. Si se siente bien, le voy a pedir que me acompañe al negocio y vemos si esta señora vuelve a pasar.

La mujer se ubicó de costado, hacia el lado de la cama donde Mili dormía pesadamente en su cuna. Se quedó unos minutos observando a la beba hasta que volvió al conciliar el sueño. Por su parte, Martín ya se había desmayado y roncaba.

Dolores, su hija y su madre desayunaban en la cocina. Era una mañana nublada y ventosa, por lo que de seguir así no iba a ser un lindo día de playa. Esto significaba que en el negocio iba a haber más gente de la habitual, así que Lola terminó rápido su tostada y su café con leche para prepararse e ir a trabajar temprano.

-Mami, ¿querés venir conmigo y con Mili al negocio? Me das una mano con la beba y, de paso, me hacés compañía un rato.

-Pero no me siento muy bien -respondió Teresa mientras apuraba un mate.

-Dale. Además, me dijo Martín que te va a pasar a saludar una amiga tuya de la infancia que ayer te estaba buscando.

-¿Una amiga?

-Eso dijo. Se llama Josefina. ¿Te suena? Porque yo no me acuerdo de ninguna amiga tuya con ese nombre.

Teresa calló, como si esforzara su vieja memoria. Tras una pausa, se cebó otro verde y siguió en silencio. Su hija, en tanto, se peinaba y la miraba a la espera de alguna respuesta.

-¿Y?

-¡Ay hija!, no me acuerdo ahora ¡Cómo me duele la espalda! Mejor dejame la nena y andá vos sola al negocio.

-Está bien, como quieras. Yo ya me tengo que ir. Tengo mucho trabajo. Cualquiera cosa llamame al negocio o, por las dudas, al celular porque tengo que ir al banco y por ahí no voy a estar en la oficina.

Dolores tomó su cartera, besó a su madre, a su hija, se subió a su auto y se dirigió al negocio. En el fondo se sentía un poco aliviada por no tener que ir junto a su mamá ya que ésta, cuando se sentía mal, era bastante molesta. Además, lidiar con un bebé ya le demandaba suficiente.

La mañana laboral en *MareA* fue bastante atareada, como se esperaba. Las ráfagas provenientes del Atlántico habían arrojado hasta el local a un grupo de turistas de los pocos que quedaban en la villa y que se amontonaron alrededor de las mesas, como si fuera hojas caídas de los árboles que se encontraban a merced de los impredecibles deseos del aire en movimiento.

Cuando no estaba Martín era Lola quien atendía la caja mientras los hermanos González manejaban la cocina y las mesas a cargo de *Miguel Echeverría*, un joven de la villa que apenas terminó el secundario tuvo que salir a trabajar y dejar de lado el estudio. Este chico, de origen humilde, era el único pero efectivo mesero del negocio.

Cerca del mediodía, como lo hacía habitualmente en temporada, Martín llegó al local y Lola aprovechó para ir al banco y hacer otros trámites contables.

-En un rato vuelvo -dijo ella apurada, aunque él sabía que nunca regresaba antes de las 15.

A la hora del almuerzo, el negocio quedaba casi desierto. Sólo algún que otro cliente se presentaba para ordenar un pebete de jamón cocido y queso con una gaseosa o, en el mejor de los casos, una cerveza. Desde hacía tiempo que Martín le insistía a Dolores que había que expandir la oferta gastronómica pero ella le respondía que para lograrlo debían cerrar la parte de panadería, la cual había sido el “alma” del negocio gracias a su padre. Lola le aseguraba a su marido que así estaban bien y que lo peor de la crisis ya había pasado, aunque una de esas dos afirmaciones era mentira.

Martín comía un sándwich sobre la barra y charlaba con Miguel, a quien había adoptado como un protegido ya que al muchacho le gustaba su trabajo y tenía iniciativa, lo que le recordaba a él cuando tenía su edad. En ese momento Josefina entró al local buscando a Teresa.

-Buen día, ¿Doña Teresa está? -preguntó la señora a Martín y luego se acomodó en una banqueta, al otro lado de la barra.

-Qué tal, señora. Mire, Teresa no está, Dolores tampoco, salió hace un rato pero no sé cuándo va a volver. Yo le dije que pasara más temprano, a la mañana.

-Sí, recuerdo. Es que no pude venir antes.

-No hay problema. Lo digo por usted, para que no siga viniendo inútilmente.

-Le agradezco que se preocupe por qué yo no pierda el tiempo. Y tampoco quiero hacerle perder el suyo, sabe. De hecho, hoy me estoy yendo de Villa Gesell y, si no es mucha molestia, me gustaría ir a verla a Teresa.

A esa altura Martín ya no desconfiaba tanto de aquella *tana* que apenas podía moverse en su asiento. Directamente sentía lástima por ella, por lo que le dio la dirección de su casa y le dijo que fuera directamente, mientras tanto, él le iba a avisar a su suegra de que estaba yendo para allá.

Teresa acababa de darle de comer a su nieta, que luego de su almuerzo se quedó durmiendo profundamente la siesta, cuando sonó el timbre. La mujer ya sabía quién era porque su yerno la había llamado un rato antes para avisarle. Así que cuando abrió la puerta la vio allí parada, frente a ella, a Josefina, de casi su misma edad y con quien además de la nacionalidad habían compartido muchos, quizás demasiados, asuntos.

-Hola Tere, ¿*come stai*?

-¿Qué hacés por acá?

-¡Tanto tiempo sin vernos y me hablás de esa manera!

-¿Cosa vuoi? ¿Ti piace así?

-¿Posso spendere?

-Dejá de hablar de esa forma que no te va a ayudar a ganarte mi afecto, ¿sí?

-Bene.

-¿Me estás cargando?

-No. Perdón. Sólo quiero pasar, ¿puedo?

-Sólo por un rato. Y no hagamos ruido porque la beba duerme.

-¡Certo! –La visita no podía evitar expresar sus raíces pero hacía el esfuerzo, en cambio, a Teresa le resultaba más fácil lograrlo-. ¿Puedo verla?

-Prefiero que no. Nunca te llevaste bien con los bebés -señaló Teresa y después se hizo a un lado, aunque siguió sosteniendo el picaporte de la puerta, para franquearle el ingreso a Josefina que entró apurando el paso-. ¿Y Alberto?

-Pensé que sabías que enviudé el año pasado -respondió la recién llegada apoyando la cartera sobre la mesa del living comedor y sin animarse a pedir permiso para sentarse.

-No lo sabía. Lo siento mucho. Él era un buen hombre.

-Muy bueno.

-¿A qué viniste? No creo que hayas aparecido después de tantos años sólo para decirme que enviudaste.

-Mira Tere, desde que murió Alberto estoy muy sola y no me siento para nada bien. Hace un tiempo que tengo miedo de morirme y no quiero que pase eso sin antes volver a ver a mi hija.

-A mi hija te referís. No te olvides. Además, vos sabés muy bien lo que acordamos en su momento con Toni: dijimos que lo mejor para todos era dejar ese tema en el pasado.

-Sí, lo sé. Pero Antonio ya no está, Alberto tampoco y sólo quedamos vos y yo, como al principio. Te acordás, ¿no? cuando llegamos de Italia sin nada, con una mano atrás y otra adelante.

-No te hagas ahora la pobrecita conmigo porque vos tenías a tu hermano mayor que te ayudó siempre.

-Un hermano que vos me quitaste. ¡Te llevaste toda mi familia y ahora no me querés devolver nada!

-¡¿Qué?! Yo no te quité nada. Vos abandonaste todo lo que querías. Y si no fuera por Toni te hubieras quedado sola, en la calle, sin nada de verdad. Él te cuidó hasta el último día de su vida porque te quería. Es más, a veces pienso que te quería más que a mí.

-No vine a pelear. Sólo quiero ver a Dolores. Nada más –Josefina cambió el tono de confrontación por uno más conciliador, aprovechando que Teresa ya no se mantenía tan firme como al principio de la discusión.

-Si tanto lo querés, podés verla. Pero le voy a decir que sos una vieja amiga de la infancia que está de visita.

-Está bien.

-Y te doy un día, sólo un día. Después te volvés a Mar de Plata.

-Bueno -suspiró Josefina, quien demostraba tener una gran capacidad para adaptar sus expresiones a los estados de ánimo de su interlocutora, como si fuese una gran actriz de cine.



Dolores regresó a su casa cerca de las 16, luego de realizar los trámites bancarios y de haber pasado nuevamente por el negocio para dejar unos papeles y ver un rato a Martín. Cuando entró a la vivienda, Teresa y Josefina estaban sentadas a la mesa, tomando unos mates. Primero se sorprendió al ver a una mujer desconocida para ella sentada junto a su madre, pero rápidamente recordó lo que le había comentado su esposo.

-Hija, te presento a Josefina, una vieja amiga.

-Mucho gusto. Soy Dolores.

-Un placer conocerte -respondió Josefina y la saludó con dos besos, uno en cada mejilla-. ¿Querés sentarte a tomar unos mates?

-Gracias, pero mejor después. Ahora quiero dormir un poco la siesta con la beba. Siempre aprovecho cuando ella descansa.

Lola entró a su habitación, cerró la puerta y besó a Mili en la frente. La beba dormía en su cuna y ella la tomó suavemente en sus brazos y se la llevó a su cama para malcriarla un rato. En la cocina, Teresa y Josefina seguían mateando.

-Está hermosa. Además parece tan joven. ¿Cuántos años tiene? ¿Treinta y seis? -preguntó Josefina.

-Tiene treinta y cinco. Cumple treinta y seis en abril. ¿No te acordás?

-No me busques roña. Yo vine sin la menor intención de pelear y vos me estás provocando desde que llegué.

-¡Pero a vos sí que no te da vergüenza! ¿Qué pensabas? ¿Qué ibas a aparecer después de tantos años y actuar como si nada?

Teresa ya estaba bastante enojada pero trataba de bajar el tono de su voz para que Lola no pudiera escuchar desde la pieza. Por su parte, Josefina ahora se mostraba inmutable.

-En serio, ¿qué querés? ¿Para qué viniste? -insistió la anfitriona.

-Ya te lo dije. Quería verla -señaló la huésped antes de volver a chupar de la bombilla-. ¡Ah, qué lindo se está acá! La verdad, me gustaría quedarme en Villa Gesell - continuó al tiempo que le regresaba el mate a la cebadora.

-Ah sí. ¿Y dónde te vas a quedar? ¿No pensás volver a Mar del Plata?

-Sabés que allá, sin Alberto, no tengo a nadie porque la familia de él no me quiere mucho, que digamos.

-¡Qué novedad!

-Además, con la pensión no me alcanza para mantener la casa. Y si lo hiciera, ¿quién me cuida? Mirá cómo estoy. No puedo quedarme sola. Por eso estaba pensando en quedarme acá.

-¡Ni se te ocurra! Dijimos que te quedabas sólo un día.

-Pero no tengo donde caerme muerta, literalmente.

-Ése no es mi problema. Ya tuve bastante de tus problemas. Y eso se terminó, ¿entendiste?

Josefina había perdido su fría compostura y su tono de voz comenzaba a quebrarse. Desesperada, jugó su última carta.

-Si no me ayudas ahora, voy a dejar de ayudarte.

-¿De qué hablas?

-Sabés muy bien de lo que estoy hablando.

-No serías capaz.

-Si no me dejas otra opción, le voy a contar a Dolores toda la verdad.

Teresa se quedó helada. El mate en su mano derecha se convirtió en un adorno de piedra. Por su mente le recorría la nefasta idea de que su familia estaba a punto de destruirse. Pensó en Toni, en qué hubiera hecho él. Pero ni siquiera él hubiera estado

preparado para enfrentar algo así, por lo que Teresa simplemente sucumbió ante semejante presión.

-No lo hagas –la dueña de casa juntó las palmas de ambas manos-. Te lo por favor.

Evidentemente, la extraña visita había pasado a dominar la situación y era la dueña de casa quien ahora rogaba piedad y misericordia casi de rodillas.

### XIII

Martín encendió la luz del living comedor y se sobresaltó cuando, en medio de la oscuridad y el mutismo extremo de la madrugada, divisó a su suegra acostada en el sillón. La mujer se despertó casi en el acto y se sentó sobre los almohadones, mientras él la observaba sorprendido.

-Disculpe Doña Teresa, no quise despertarla ¿Pero qué hace durmiendo en el sillón?

-Le dejé mi cama a Josefina. Mi amiga que vino a visitarme.

-Ah... no sabía que la señora se iba a quedar...

-Hubo un cambio de planes y se va a quedar un día más en la villa –indicó Teresa sin saber que ese día se iba a convertir en dos, lo que despertaría rápidamente las sospechas de Martín que, en un primer momento no pidió explicaciones respecto a esa situación cada vez más inusual.

Su desconfianza hacia Josefina comenzó a crecer al advertir que esta extraña mujer actuaba como si en la casa sólo existieran Dolores y su beba, y que a él y Teresa los tratase como si fuesen actores extras en una película de bajo presupuesto.

Al inicio del tercer día de la misteriosa visita, Martín esperó a que Dolores se fuera al negocio con la beba y junto a Josefina para hablar a solas con su suegra. Quería saber quién era realmente esa “amiga” y qué estaba haciendo en su casa. En realidad, era la antigua vivienda de Toni y su familia pero desde que se había instalado allí, él la había refaccionado y la sentía como propia.

-Doña Teresa, ¿se siente bien? En estos últimos días la veo callada, pensativa, como perdida. Y no creo que sea la espalda. ¿Qué le pasa?

-No me siento bien. No sé qué es. Pero no te preocupes, Martín, ya se me va a pasar.

-¿Cuándo se vaya su amiga?

Teresa abrió grande los ojos y los enfocó en su yerno. Entonces notó en él una urgente necesidad de respuestas, pero no dijo nada.

-Digo, por ahí es porque en el sillón no duerme cómoda y no puede descansar bien -indicó Martín, con sarcasmo.

Teresa estaba rodeada. De un lado, Josefina y ahora, del otro, su yerno. Así que no aguantó más y decidió buscar un aliado en vez de seguir sumando enemigos.

-Sí. Creo que cuando se vaya Josefina me voy a sentir bien.

-¿Por qué?

-Porque es un verdadero problema.

-¿Problema?

-Sí, esa mujer quiere destruir mi familia.

-¿Destruir? ¿Qué dice? ¿No es una vieja amiga suya?

-Jurame por tu hija que esto que te voy a contar ahora no se lo vas a decir a nadie, ni siquiera a Lola. En especial a ella ¡Jurámelo, por favor!

-Se lo juro.

-Gracias.

-De nada. Pero ahora cuénteme. La escucho.

Martín y su suegra se sentaron a la mesa y ella le contó toda la verdad sobre Josefina, la relación de ésta con Antonio y, principalmente, con Dolores.

Teresa habló sin parar, con la voz quebrada y casi perdiendo el aliento en varios tramos de su relato: “Cuando vine a la Argentina estaba prácticamente sola. Mis padres ya estaban grandes y mis dos hermanos eran mucho más chicos, por lo que yo los tuve

que criar. Cuando llegué a Mar del Plata, mi papá y yo empezamos a trabajar para una familia amiga, los *Bonano*, que también había venido de Italia pero unos años antes, por lo que ya estaba bien establecida. Ellos tenían una casa de costuras donde empleaban a las mujeres, también una carpintería y una panadería. En el barco ya había conocido a Antonio, quien viajaba solo con su hermana menor, Josefina. Y cómo también los esperaban los Bonano, con ella nos hicimos amigas enseguida. Me acuerdo que las dos estábamos igual de asustadas ¡Éramos tan jóvenes!

“Bueno, yo me instalé con mi familia y Toni con su hermana pero nos veíamos todos los días. Yo trabajaba de costurera, él en la panadería mientras que la hermana, como todavía era chica, se encargaba de las cosas de la casa solamente. Había muchos italianos por ese entonces viviendo juntos en los mismos lugares, así que nos reuníamos a comer, a cantar y esas cosas. Al poco tiempo, Toni y yo nos pusimos de novios, nos casamos y me mudé con él y su hermana. Semanas después de que tuve a Belén, yo ya no trabajaba y estaba siempre adentro de casa, mientras que Josefina me había reemplazado como costurera. Ella estaba por casarse con su novio *Luigi*, otro paisano, pero un día éste dijo que se volvía a la Italia porque su papá estaba muy enfermo y moribundo. Y se fue solo porque Josefina no tenía plata para acompañarlo.

“Pero el problema fue cuando, pocas semanas después, ella descubrió que estaba embarazada. Le escribió a Luigi y le contó, pero él nunca volvió. Su padre había muerto y tuvo que quedarse allá. Le prometió que le iba a mandar la plata para que viajara para allá pero tampoco lo hizo. Los meses fueron pasando y Toni decidió no contarle a nadie lo del embarazo. Mis padres y los Bonano, que nos daban trabajo a todos, no hubieran aceptado jamás a una joven madre soltera. Así que aprovechó que la hermana vivía con nosotros e inventó que ella estaba muy enferma y no podía salir de la casa ni ver a nadie. Y así pasó el tiempo.

“Josefina y yo estuvimos encerradas con Belén hasta que nació Dolores. Y ahí fue el momento más duro y la decisión más difícil de nuestras vidas. Josefina no quería saber nada con la beba, estaba aterrada, así que con Toni dijimos de hacernos cargo, aunque sea por un tiempo. Pero para eso nos tuvimos que mudar a Gesell, donde no nos conocía nadie y no podíamos despertar ninguna sospecha, mientras que Josefina se quedó en Mar del Plata. Al principio, su hermano fue un ángel y la cuidó a pesar de la distancia. Le dio plata, se encargó de que no le faltara nada. Hasta que ella conoció a Alberto y se casó, por lo que dejamos que empezara a arreglárselas sola. Pero avergonzada y sintiéndose culpable se fue alejando de todos a los que conocía y, salvo Toni, no la vimos más”.

Al terminar, Teresa parecía más aliviada, como si se hubiera sacado un peso de encima. Frente a ella, Martín miraba boquiabierto, atónito, sin poder creer lo acababa de escuchar.

-¿Y nunca nadie supo la verdad salvo usted, Toni y Josefina?

-Claro. Mis padres murieron al poco tiempo, mis hermanos eran muy chicos para acordarse de ella, así que nunca sospecharon nada. Además, Josefina se quedó en su propio mundo, con Alberto y la familia de él.

-¿Ni siquiera el marido, ese tal Alberto, se enteró?

-Nunca.

-La verdad que no lo puedo creer.

-Sé que es muy difícil de entender.

-Lo que no me cierra, por ejemplo, es qué quiere esta Josefina ahora.

-Enviudó y está vieja y sola porque no tuvo otros hijos.

-¿Por qué no quiso o porque no pudo?

-Eso sí no lo sé. Lo que sí sé es que en estos momentos se siente desesperada porque no tiene donde caerse muerta y vino a quedarse acá, con nosotros.

-¿De manera definitiva?

-Eso es lo que quiere, pero le dije que de ninguna manera. Entonces me amenazó con decirle la verdad a Lola.

-¡¿Qué?! ¡Una hija de puta!

-Martín, ¡por favor!

-Disculpe Doña Teresa. Pero más allá de la maldad de esta mujer, si hay alguien que tiene que decirle la verdad a Lola es usted. Si ella se llega a enterar por Josefina va a ser aún peor.

-Exacto. Yo no quiero que Lola sufra. Ya pasó por mucho dolor y ahora la veo tan bien que me daría mucha pena lastimarla con algo en lo que no tiene ninguna culpa. Sinceramente, no sé qué hacer. Necesito que me ayudes.

Martín se quedó pensando unos instantes. Tampoco sabía muy bien cómo actuar ante semejante situación que parecía una telenovela centroamericana, de esas que pasaban los canales de aire después de almorzar. Lo único de lo que estaba seguro era que la presencia de Josefina era una bomba a punto de estallar. Primero había que desactivar esa amenaza y luego lidiar con la segunda parte del problema: enfrentar la verdad.

-Está bien. La voy ayudar a que esta mujer se vaya. Trataré de convencerla de alguna manera. Pero con la condición de que cuando desaparezca, usted le diga toda la verdad a Lola. Merece saberla. Es lo más justo.

Teresa asintió y agradeció a su yerno por el apoyo brindado. Martín, en tanto, se fue al negocio sin tener una acabada noción del problema que tenía por delante.



Le tomó casi un día entero reunir coraje para enfrentar la situación. Al mediodía siguiente de haber descubierto los secretos más oscuros y mejor guardados de la familia Aqua, Martín se fue al local preparado para la batalla. Al llegar, Dolores estaba sentada detrás de su escritorio en la oficina del fondo del negocio y a su lado, Josefina, de pie y meciéndose de un lado a otro con Mili en sus brazos. Ambas mujeres hablaban en voz baja para no sumarse a los ruidos molestos de la actividad habitual del comercio. Él entró a la habitación, saludó y se acercó a la mujer mayor para que le entregara a su hija un rato.

-Josefina, déjeme tener a la beba, así no se cansa.

-No hay problema. Estoy vieja pero aguanto -bromeó ella.

Martín ni siquiera sonrió y se quedó parado, firme en su postura, esperando que la mujer extendiera sus brazos y le depositara suavemente a la beba en los suyos. Mili apenas movió su pequeña cabeza, con muy poco pelo como la de su padre, pero no se despertó. Él se sentó en una silla junto al escritorio.

-Amor, tu mamá te está esperando para almorzar en casa. Anda que yo me quedo.

-¿Con Mili?

-Sí. Está re dormida. Si se va con vos ahora se va a despertar. Además, está tranquilo, no hay mucho movimiento. No pasa nada.

-Bueno, como quieras. Josefina, ¿viene conmigo?

-Dejá que se quede. Yo más tarde, cuando se levante Mili, la llevo a recorrer algunos lugares. Anda a casa así aprovechás para descansar un poco.

Josefina presenció aquel diálogo sin pronunciar palabra alguna. Sólo atinó a quedarse junto a la puerta de la oficina a la espera de salir de allí en cuanto Lola cruzara el umbral. Pero dudó ante la propuesta de Martín y finalmente permaneció inmóvil.

-Está bien. ¿Te espero para comer?

-Mejor no. Almorzá con tu mamá. Eso sí, guardanos algo.

-Listo. Nos vemos más tarde. Chau.

Luego de la partida de Lola, Martín y Josefina se quedaron solos dentro de la oficina. Él colocó a su hija en el cochecito y comenzó a trabajar como si nada. La señora lo miraba con desconfianza.

-¿Se siente bien? -preguntó Martín observándola de reajo-. La veo preocupada.

-Me duele un poco la cabeza.

-Quizás porque tiene muchas cosas en que pensar últimamente. ¿Por qué no vamos a dar un paseo y tomamos un poco de aire? Le va a hacer bien.

-En un rato. Estoy algo cansada.

-Mejor ahora, que la beba duerme. Es un paseo cortito.

Josefina captó el mensaje y si pretendía seguir con su farsa debía utilizar menos evasivas para no despertar más sospechas. Así que accedió y ambos salieron del local rumbo a la playa. En la puerta del local estaba Miguel, a quien Martín le pidió que cuidara un rato de Mili y ante cualquier urgencia, por mínima que fuese, lo llamara sin dudar al celular.

Martín y Josefina caminaron hasta el balneario *Windy*. Él la condujo hasta una de las mesas del *deck* techado en el que había pocos clientes y ambos se sentaron. Los disparos solares perforaban el vencido blindaje de la sombra, por lo que no había mucho resguardo. En una situación así, cualquiera hubiera pedido algo frío para tomar y bajar la temperatura pero estos dos ordenaron sendos cafés. Mientras esperaban que la joven mesera les trajera sus bebidas, él decidió ir directo al grano.

-Mire Josefina, yo ya sé toda la verdad sobre su relación con Dolores. Teresa me lo contó y ella está muy mal por todo esto porque no quiere que afecte a Lola y a la beba -arrancó Martín, amable.

-Yo tampoco quiero hacer sufrir a nadie. Ya lo hice durante muchos años.

-La entiendo. Y sé que en el fondo Doña Teresa no la quiso tratar mal. Pero tiene que entender que ella tiene miedo.

-Y yo también.

-Bueno, por eso mismo, me parece que lo mejor sería tranquilizarnos, que usted vuelva a Mar del Plata para que Teresa pueda encontrar el mejor momento para contarle toda la verdad a Dolores. Después se verá cuál es la reacción de cada una y nos reuniremos todos para tomar alguna decisión. Esta situación de amenaza no es la mejor manera de tratar un tema tan importante. ¿No le parece?

-Estoy de acuerdo. Pero usted sabe muy bien que en cuanto yo me vaya, Teresa no le va a decir nada a Dolores. Si no lo hizo antes, ¿por qué lo va a hacer ahora?

-Porque ahora yo también sé toda la verdad. Y si Teresa no quisiera que Lola se entere no me lo hubiera contado, de eso estoy seguro. Mi esposa y yo no tenemos secretos.

-¿Seguro? Todos tenemos secretos.

-Puede ser. Pero ninguno como éste. Además, créame que Teresa va a terminar por decirle a Dolores lo que realmente pasó.

-Yo no lo creo porque la conozco de toda la vida y sé cómo piensa. Siempre quiso ignorarme, desde que se casó con mi hermano. Fue ella quien le llenó la cabeza a Antonio para dejarme sola en Mar del Plata y no le voy a permitir que lo haga de nuevo.

-Mire, yo no me quiero meter en los problemas que tuvo con Teresa en el pasado. Me preocupa Dolores, mi hija y....

-Y claro -interrumpió Josefina, levantando el tono de voz por primer a vez desde iniciada la conversación-, ¡qué te va a importar a vos tu suegra y una vieja como yo! Si ya te quedaste con todo lo que era de Toni: primero la panadería, después Dolores, también la casa, ¿o me equivoco?

Martín miraba asombrado como, de pronto, aquella mujer había adoptado una postura diabólica. Estaba enojado porque las palabras de Josefina lo herían en lo más profundo de su ser, aunque trató hasta último momento de recobrar la calma.

-Usted no sabe cuánto se equivoca. Yo no me quedé con nada que no me correspondiera.

-Por favor. Sería más fácil que me devolviera toda la plata que le sacó a mi hermano.

-¿De qué habla? Pareciera que usted no quiere solucionar este problema. Deje de echar más leña al fuego. Si realmente se preocupara por Dolores entendería lo que estoy pidiendo.

-Está bien. Sólo por el bien de mi hija vamos a hacer lo siguiente: yo me voy de su casa para que le cuenten la verdad a Dolores. Pero eso sí, me voy con la boca cerrada pero no con las manos vacías.

-¡¿Qué?! –Martín perdió la poca tranquilidad que le quedaba y casi se levanta de su asiento.

-Digo, por lo que veo, y gracias a mi hermano, a usted le va bastante bien en los negocios. Sólo necesito un poco de plata para mantenerme hasta que todo esto se resuelva.

-¡¿Cómo le da la cara?! No puedo creer que Lola lleve su misma sangre ¡De ninguna manera voy a aceptar esta extorsión! Aunque los tuviera de sobra, no le daría ni un peso.

-Entonces no hay otra solución posible.

-Es una lástima porque pensaba llegar a una resolución que nos favoreciera a todos pero usted quiere confrontar. Bueno, enfrentemos la verdad de una vez por todas si eso es lo que quiere. Pero estoy seguro de que no va a tener el final que usted espera. Ya lo va a ver. Se va a quedar sin nada porque Dolores no va a estar de su lado. Yo si la conozco bien y sé cómo piensa ella.

Casi sin mirarse y con la boca sellada, Josefina y Martín regresaron a *MareA*, recogieron a Mili, que seguía dormida, y se dirigieron a la casa donde los aguardaban Dolores y Teresa.

Lola había llegado a su casa en momentos en que su mamá descansaba en la cama. Al escuchar a su hija entrar, Teresa se levantó y, a pesar de que dijo sentirse mal, preparó un rápido almuerzo. Mientras las dos mujeres comieron, la madre de Dolores siguió hablando de su exagerado dolor de espalda para dejar de pensar, al menos por un rato, en Josefina y sus amenazas. Su hija, en tanto, parecía no sospechar de nada de lo que ocurría y, tras separar la comida para su esposo, se puso a lavar los platos.

En esas circunstancias, Martín, empujando el cochecito con Mili aún dormida, y Josefina entraron a la casa con sus rostros serios. Él, apurado, fue a llevar a su beba a la habitación y luego, al salir, cerró la puerta, por lo que Lola empezó a percibir que algo raro ocurría. Teresa, en cambio, ya había advertido que los intentos de su yerno para solucionar el conflicto no habían tenido el resultado esperado. Entonces se resignó a la espera de que las cosas siguieran su propio curso.

La naturaleza es muy sabia, al punto que le indica al ser humano cada vez que no tiene sentido luchar contra ella, aunque en la mayoría de los casos no vemos esas

señales que muchas veces se refieren a hechos que suceden por una sola razón y de la única manera posible.

-¿Les caliento la comida ahora? -ofreció Lola.

-No, gracias; ya picamos algo. Pero estaba pensando que esta noche, ya que estamos todos, podríamos preparar una rica cena para despedir a Josefina que se va mañana, ¿no les parece?

-Es una buena idea. Pero me olvidé de contarle que su mujer me invitó a quedarme unos días más. Espero que no le moleste -intervino Josefina.

-¿Ah, sí? Bueno, otra día entonces. Pero ya que se va a quedar con nosotros un tiempo más, sería interesante saber la razón de sus permanentes cambios de planes. Porque, si mal no recuerdo, apenas llegó dijo que se quedaba un día, al siguiente, lo mismo y así pasó casi una semana.

-¡Martín! No seas irrespetuoso. ¿Qué te pasa? -intercedió Dolores.

-A mí no me pasa nada. ¿Por qué no se le preguntás a Josefina?

-¿Qué cosa?

La visita calló mientras las miradas de los cuatro se cruzaban como dardos venenosos atravesando un espeso aire contaminado por el rencor. Fue sólo un instante pero pareció una eternidad. Hasta que Teresa tomó la iniciativa.

-¡Basta! Ahora la que va a hablar soy yo. Hija sentate y ustedes dos se quedan acá, callados.

Lola obedeció sin objeciones, al igual que su esposo y Josefina. Teresa aguardó que cada uno adoptara su posición, tragó saliva y finalmente le contó exactamente la misma historia que le había relatado a Martín, quien también estaba sentado alrededor de la mesa entre su esposa y Josefina. El rostro de ésta era una roca y, de tanto en tanto,

atinaba a levantarse y salir de la habitación para evitar la vergüenza. Pero él la tomaba del brazo y la forzaba a que mantuviera la posición hasta el final.

Cuando Teresa concluyó su historia Dolores se quebró del todo. Lloró desconsoladamente, con su cabeza colocada entre sus brazos que, apoyados sobre la mesa, formaban un semicírculo. Las tres personas que la rodeaban quisieron consolarla y abrazarla, pero ella se paró y sin mediar palabra se encerró en su dormitorio. El mar de su mente estaba más revuelto que un día de tormenta; su pasado, como altas olas, chocaba violentamente contra la arena de su presente que se había desmoronado de repente y sin un alerta previo.

-¡Qué brutos pueden llegar a ser ustedes los tanos! Si hubieran sido un poco más pensantes no tendrían que haber mentido y evitaban todo este lío -dijo Martín clavando sus ojos furiosos en Teresa y Josefina, al tiempo que se alejaba de la mesa para introducirse finalmente en la habitación donde estaban su mujer y su hija.

“No lo puedo creer. Es como si todo en lo que creía fue una gran mentira ¿Entendés? ¡Mi papá, la persona a la que más quise en la vida, no era mi verdadero padre! ¿Qué recuerdo tengo que tener de él ahora? ¿Cómo se sigue después de algo así?”, se desahogó Dolores cuando Martín se sentó a los pies de la cama y le acarició la espalda ya que ella se encontraba acostada boca abajo, abrazando la almohada sobre la que apoyaba una de sus mejillas sonrojadas.

-Me imagino lo difícil que es todo esto para vos. Lo es para mí, que me enteré ayer a la mañana de todo esto. Pero lo peor ya pasó, vas ver que esto se va a arreglar.

-No sé, no sé. Es como si hubiera caído en el infierno después de haber vivido en un mundo de fantasía -indicó ella dándose vuelta y colocando la almohada detrás suyo como respaldo.

-Yo sé que está mal la mentira, pero las cosas que viviste fueron reales. Incluso con Toni, porque era el sentimiento entre ambos lo que le daba un significado verdadero a todo. ¿Entendés?

Lola irguió la espalda y quedó sentada como indio a mitad de la cama. Luego se secó las lágrimas y adoptó un tono un poco más sereno.

-Por un lado es cómico, ¿sabés? Cuando estábamos en el negocio con Mili y charlábamos con Josefina, yo le decía que su cara me resultaba familiar pero interiormente pensaba que estaba alucinando, que me confundía. Y ahora me vienen recuerdos de haberla visto cuando yo era chica en alguna reunión en Mar del Plata. Y creo que también me pareció verla en el entierro de papá, bah, de Toni. Ya no sé ni cómo llamarlo ¡¿Te das cuenta?!

-Tranquila. Ya vamos a salir de este mal momento. Pero primero tenés que entender algo que es muy importante: Teresa hizo lo que hizo para cuidarte, para protegerte. Ella siempre te quiso y siempre te va a querer. Así que no la odies por esto.

-No la odio pero tampoco acepto lo que hizo. Es más, a Toni tampoco lo entiendo. ¿Por qué nunca me dijeron la verdad? ¿Y a Belén? Calculo que ella no lo sabe, ¿o sí?

-No, no lo sabe.

-Y Josefina, mi verdadera madre, ¡qué caradura! Aparecerse así, de la nada, después de tantos años, haciéndose la pobrecita, la arrepentida ¡Con razón siempre me hablaba con ese tonito condescendiente, como pidiéndome disculpas y permiso al mismo tiempo que me alababa!

-Bueno, hay algo que tu mamá no te dijo que también es necesario que sepas.

-¿Qué? ¿Hay más?



-Sí. Josefina no sólo vino a decirte la verdad sino que quiso extorsionarla. Y a mí también, esta tarde, para que no te digamos nada.

-¿Extorsionar?

-Primero pidió quedarse a vivir acá porque no tiene a donde ir. Y después, como Teresa le dijo que no, yo traté de convencerla y me terminó pidiendo plata.

-¡Que hija de puta! ¡¿En serio?! ¡No lo puedo creer! –exclamó Dolores iracunda, tras lo cual se paró y fue inmediatamente a abrir la puerta del dormitorio. Entonces vio a Josefina que aún permanecía sentada junto a la mesa del living comedor.

-Escuchame bien porque ésta va a ser la última vez que vamos a hablar: quiero que te vayas de mi casa y que no vuelvas nunca más por acá.

Josefina se puso de pie lentamente, con sus ojos irritados por el llanto y trató de ensayar una disculpa.

-Todos los días de mi vida me arrepentí de lo que hice. Lo juro. Sé que ahora no sirve de mucho, pero te pido perdón. Fui muy egoísta pero sólo porque tuve miedo y era muy joven.

-¡Basta! ¡No quiero escuchar más excusas! –gritó Lola y se volvió a encerrar en la habitación dando un portazo.

Dolores estaba enfurecida como nunca antes se la había visto. Permaneció en el interior de su dormitorio junto a Martín y su hija que ahora se había despertado por los ruidos. Y mientras trataban de hacer que Mili se volviera a dormir, el matrimonio charló durante horas. Costó, pero ella se serenó y finalmente pudo entender lo que le decía su esposo.

-Ya sé que Teresa siempre va a ser mi mamá. Eso no lo cambia nada. Pero no puedo perdonarla tan fácilmente después de semejante mentira. Aunque poniendo las

cosas en la balanza, ese engaño no es tan grande como el amor que me dio durante toda mi vida. No me olvido de eso.

-Tarde o temprano la vas a perdonar. Es cuestión de tiempo, vas a ver. Pero no la apartes ahora y eso que me dijiste hace un rato de que se vaya a vivir con tu hermana me parece una locura. Además, ésta es su casa.

-También es mía. Igual, tenés razón. Sería por enojo o venganza echarla de acá. Jamás la dejaría sola. Vos lo sabés muy bien.

-Claro que lo sé ¿Y con Josefina? ¿Qué vamos a hacer?

-Eso me preocupa más. Por ahora, no quiero verla pero tampoco me interesa cargar en mi conciencia al dejarla sola.

-Entiendo.

-O sea, se lo merece y cosas peores también. Pero yo no lo soportaría. Además, si lo hago caería tan bajo como ella. Y lo que menos quiero en este momento es parecerme a esa mujer, por más que sea mi madre biológica.

-Lo que sí no están en duda es que acá no se puede quedar un solo día más. Sería un caos total.

-Claro que no voy a permitirle que se quede.

-Entonces hay que pensar en algo para que se vaya ya mismo.

-¿Pero qué?

-Hay que echarla directamente, sino, como dice el refrán: va a volver solita.

Ahora que todos sabían que Josefina era su mamá verdadera, Dolores no podía negarlo, aunque era consciente de que sólo las unía era una larga y helada serie de códigos alfanuméricos que conformaban su ADN. Eso era lo único puro; el resto, meros engaños. Por eso no deseaba mantener una relación con ella, quien no le había demostrado ni la más mínima pizca de instinto maternal. Pensaba que ella misma

hubiera dado su vida por Mili en cualquiera de los últimos siete meses, mientras que la otra mujer había estado dispuesta a cambiarla por unos billetes y un techo. Y eso le resultaba de una bajeza infrahumana.

Lola y Martín querían evitar males mayores y por eso, a manera de prueba, resolvieron seguir viviendo con Teresa y llevar a Josefina de regreso a Mar del Plata. El plan era que, una vez allí, la alojarían en un hogar de ancianos para que no estuviera sola y recibiera un cuidado adecuado. Para ello alquilarían la casa que le había dejado Alberto, la cual había que acondicionarla primero porque se había venido abajo en el último tiempo, y con ese dinero afrontarían los costos de aquel alojamiento.

## XIV

Manuel entró al restorán *Aqua di Mare* junto a su padre y empujando con esfuerzo la silla de ruedas en la que éste se encontraba desde hacía varios años. Después de haberla bajado del baúl de su automóvil, en el que habían viajado desde La Plata, el hijo había armado la silla a las apuradas y la misma quedó media destartada, por lo que al transitar por el suelo desparejo despedía una sinfonía de ruidos metálicos y plásticos.

Dentro del local, Martín los esperaba como dos de los principales invitados a la inauguración de su nuevo negocio. Es que el dueño los consideraba directamente responsables de su desarrollo comercial dentro de la gastronomía. Por eso les había avisado del evento con semanas de anticipación, para asegurarse que no podían poner excusas para faltar a la cita.

-¡Don López, que gusto verlo! -exclamó Martín al tiempo que abrazaba a aquel anciano adolorido-. Manuel, querido, ¡qué placer! La verdad es que, a pesar de los años, estás siempre igual.

-¡Mire quien habla, hijo! -respondió Don López-. Usted joven no puede quejarse del paso del tiempo. Como siempre, luce bien y, por lo que veo, no le ha ido para nada mal. Parece que al fin de cuentas algo aprendió.

-Mucho lo aprendí de usted, créame. Todo esto, en parte, es gracias a que siempre me cuidó y me enseñó a disfrutar del negocio. Vos también Manuel.

-Gracias Martín -señaló el hijo de Don López-. La verdad es que el local está muy lindo, re bien puesto. Te felicito -agregó estrechando la mano de su viejo compañero de trabajo.

Don López y su hijo saludaron a Lola y a la pequeña Mili, a quien no conocían excepto por fotografías. Martín también les introdujo a sus padres. Se presentaron como

si fueran todos grandes amigos cuando nunca antes se habían visto las caras en persona. Sin embargo, cada uno sabía cada detalle de la vida de los otros. Es curioso cómo luego de escuchar tantas historias sobre alguien nos parece que las hubiéramos vivido nosotros también.

Martín, a través de los años, nunca había perdido contacto con aquellos españoles tan amables y generosos, y mantenía a sus familiares al tanto de cada una de las novedades que iban surgiendo en La Plata. Es más, cada vez que tenía que ir a la Ciudad de Buenos Aires por trabajo, se pegaba una vuelta por la capital bonaerense. Además de los gaitas, todavía le quedaba alguna que otra persona especial por aquellos pagos.

-¿Vinieron ustedes dos solos? -preguntó Martín a Manuel.

-Sí. Mi señora y mis hijos se quedaron en La Plata. Era mucho gasto que viniéramos todos y, además, alguien tenía que atender el negocio.

-Claro, entiendo. Si los conozco a ustedes, ¡jajá!

-Che, hace mucho que no venís de visita, tendrías que hacerlo. El local está mejor que nunca.

-Me imagino. Ganas no me faltan, en serio. A veces extraño un poco la ciudad, me trae muy buenos recuerdos.

-Hablando de recuerdos, ¿sabés a quien vi el otro día? Vino a cenar al negocio y me hizo acordar enseguida de vos -indicó el hijo de Don López por lo bajo, cerca del oído de Martín.

-¿Quién? -preguntó el anfitrión acercando su cabeza a la de Manuel.

-Sofía.

-¿En serio? Mirá vos. Hace años que no sé nada de ella. La última novedad me la contó un excompañero de la Facultad que me encontré de casualidad y que me dijo

que ella se había casado, tenía dos chicos y vivía en Berazategui, aunque seguía trabajando en La Plata.

-Sabés que ella se acordó de mí enseguida. Me sorprendió. Y me preguntó por vos, así que hablamos un rato largo. Me dijo que estaba acompañada por su marido y sus hijos, por lo que te han informado bien sobre su vida. ¡Jajá! ¡Qué metejón tenías con esa mina, eh! Costo sacártelo.

-Sí. Tal cual. Pensar que ya pasaron veinte años desde que la conocí y acá estamos hoy, hablando otra vez de ella. La verdad es que siempre me acuerdo de Sofi. Me gustaría volverla a ver.

-Por lo que veo, ella también. Pero no seas tonto, no vuelvas a arriesgar todo lo bueno que tenés. Y menos ahora que sos un comerciante exitoso y famoso. Acordate que la última vez tuviste mucha suerte de que no te descubrieran. Así que mejor agradece y quedate tranquilo, que así estás bien.

-Sí, ya lo sé. Tenés razón, como siempre. ¡Qué lástima que nos vemos tan poco! Toda la vida nos entendimos a la perfección.

-Por eso somos amigos.

Manuel sabía muy bien a qué apuntaba cuando le aconsejaba a Martín parar la pelota para enfriar el partido y no arriesgar el resultado. Hacía poco más de tres años, el geselino había aumentado la frecuencia de sus viajes a La Plata y, por ende, de sus encuentros con Sofía. A tal punto que Lola comenzó a sospechar cada vez más y en una ocasión insistió tanto en acompañarlo que a su marido no le quedó otra opción que aceptar que viajase con él. El problema fue que él ya había acordado cenar con su ex y ésta lo iba esperar en el bar ubicado en frente a la fonda de Don López.

Aquella noche, Lola reiteró su deseo de ir a visitar el antiguo lugar de trabajo de su esposo y ambos fueron a verlo a Manuel. Comieron allí y el tiempo se esfumó sin

darle una oportunidad a Martín de comunicarse con Sofía para cancelar la cita ya que la mujer estaba en la calle y no usaba teléfono celular. Así que no tuvo forma de localizarla y no hubo vuelta atrás, salvo rezar para que su ex se cansara de esperarlo y desistiera de verlo. Pero cuando el matrimonio Mare se retiró finalmente de la fonda y caminaba hacia su auto se toparon con Sofía al cruzar la calle.

Sofi había esperado toda la noche pensando que Martín se había demorado en la ruta pero nunca imaginó que se iba a encontrar con su exnovio acompañado de su actual mujer. Se detuvo frente a él, sorprendida, y ante esa situación no tuvo más remedio que acercársele y saludarlo, como si se tratara de un encuentro fortuito. El hombre presentó a ambas mujeres con disimulo y si bien Sofía le siguió la corriente, a Lola se le tiñó el rostro de ira.

El encuentro fue breve para que los ex logaran evitar un escándalo en medio de la calle. Sin embargo, en el viaje de regreso Lola atormentó a su marido con preguntas pero él se mantuvo firme en su versión de los hechos. Eso sí, no volvió a hablar con Sofía durante varios meses y cuando lo hizo fue para disculparse y ponerle fin a aquella aventura ya que su mujer acababa de quedar embarazada.

Mientras Manuel recordaba aquel incidente, Martín seguía recibiendo a sus invitados como un perfecto anfitrión. El dueño del flamante restorán vio que su amigo lo seguía con la mirada por todo el salón. Entonces se le acercó.

-¿Todo bien? Estás muy callado.

-Sí, sí. Quedate tranquilo. Sólo pensaba.

-Bueno, amigo, acomodate entonces que ya va a empezar la ceremonia. Después abrimos unos buenos vinos y seguimos hablando.

Las trompetas de la banda de los Bomberos de Villa Gesell relucieron como oro puro en las manos de los músicos voluntarios y adornaron con una cadencia de armonías una inauguración histórica en esa localidad balnearia. Fue un evento que iba a ser recordado por años debido a su magnificencia, inusual para aquella villa agreste y bohemia, que supo ser un refugio para los viejos *hippies*.

El verano pasado estuve de vacaciones por esas playas y me encontré con un paisano que me recomendó que fuera a cenar al restorán de Martín y, de paso, me contó con lujo de detalles esa memorable ceremonia, grabada no sólo en fotografías y videos, sino en los recuerdos de hasta los más antiguos habitantes del lugar.

Cuando indagué sobre los protagonistas de tal evento, que terminó por llevarme a escribir esta historia, me di cuenta de que el recuerdo de esa fiesta flotaba intacto en el imaginario colectivo de la villa y que, en realidad, Martín y Dolores representaban para la comunidad más que un restorán moderno.

Quise encontrarme con “El Sordo”, quien había sido el cliente más asiduo de la pareja cuando ésta atendía *MareA*. Pero me dijeron que había muerto hacía poco, dentro del cine ubicado a metros del local y donde había trabajado y vivido toda su vida.

Una de las personas más agradecidas con Martín y Dolores fue, sin lugar a dudas, Leo, quien había besado la lona y luego volvió a ponerse de pie. Durante la inauguración del restorán, siempre con una copa en la mano, saludó a cada uno de los invitados y hasta se abrazó efusivamente con varios de ellos.

El festejo fue completo: además de la banda, hubo una exposición de cuadros, fotografías, ropa y otras artesanías de autores locales que se exhibieron en un salón especial del local donde una cámara profesional realizó una gran cantidad de tomas para luego publicarlas en los periódicos de la costa.



La inauguración contó con la presencia del intendente de la villa, uno de los últimos en abandonar el local, ya casi a la medianoche.

Cuando todo terminó, Martín y Leo se quedaron poniendo un poco de orden y preparando lo que iba a ser al día siguiente la apertura oficial de las puertas al público en general.

-Tincho. Ya sé que te lo dije mil veces, pero gracias por todo esto, por lo que hacés por mí. En serio.

-Mira, si me lo decís de nuevo, te fajo -bromeó Martín, quien estaba tan ebrio como su amigo-. Bueno, cambiando de tema y hablando un poco en serio, ¿te vas a mudar al final de esa pocilga?

-No es una pocilga, es mi departamento.

-Está bien, tenés razón. Pero es diminuto. Tan chico que ni siquiera podés llevar a una mina.

-Ojala ése fuera mi único problema para conseguir una mina. No quiero imaginarme lo que me va a romper las bolas Carolina si se entera que me mudo a un lugar más grande. Desde que vendimos la casa, me odia. Seguro que si sabe que gano buena plata, me empieza a pedir más.

-Pero si a los chicos no les hacés faltar nada. ¡No entiendo de qué se queja ella! Siempre peleando por la plata, ¿te diste cuenta?

-Sí. No va a cambiar nunca. Caro es así. Y ese tema fue lo que nos separó. No pudo superar que tuviéramos que cerrar el negocio y vender la casa para terminar de pagar las deudas -expresó Leo, resignado, y después hizo una pausa para tomar otro trago de su whisky.

-¿Y ella en qué anda ahora? Porque tengo entendido que está trabajando mucho y bien...

-Sí, sí. Además de seguir dando clases en el colegio hizo un curso de cosmetología o algo parecido, y trabaja con eso también. Así que tiene dos sueldos.

-Entonces que vaya a llorar a la iglesia.

-Pero no es tan fácil, Tincho. Cuando ella se calienta me pone a los chicos en contra y no me los deja ver. Y eso me mata. Entonces tengo que ceder.

-Mira Leo, yo sé que esto que te voy a decir suena horrible, pero cuando ella te necesitó te tuvo a su lado sin decir nada y cuando se acabó la plata te echó la culpa de todo, y encima te dejó solo. Y ahora que le va un poco mejor pareciera que se agrandó y se pone en el papel de la dura, de la que te dice cómo tienen que ser las cosas. Como si vos le debieras algo a ella. Y no es así.

-Vos lo decís porque tuviste suerte. Lola siempre estuvo con vos, en las buenas y en las malas. Y eso que vos te mandaste tus macanas. ¿Sabés lo difícil que es lograr eso?

-Yo sé que no soy ningún santo pero vos siempre, toda tu vida, hiciste las cosas bien. ¿Y de qué te sirvió?

-Pero duermo tranquilo, amigo.

-Y yo también. ¿Qué te pensás? Tampoco fui un hijo de puta. No te olvides de lo que nos pasó el año pasado con lo de Josefina.

-En esa tenés razón. La verdad que no hay nada que reprocharte. Igual, de una situación así podría haber salido cualquier cosa. Tuviste suerte.

-¿Pero sabés una cosa? No es suerte. No tiene nada que ver con eso, sino con hacer las cosas a conciencia y siendo sincero con uno mismo. Como vos las estás tratando de hacer ahora. No permitas nunca que Caro te haga creer lo contrario, ¿entendiste?!

Leo, a punto de dormirse sentado, lo miró a su amigo de toda la vida y memorizó esas últimas palabras. Es fácil hablar en la buena racha, pensó. Pero por entonces no le quedaba otra que apostar todas sus fichas a Martín, a quien le había dado la poca plata que le quedó tras la crisis, el cierre del local y la venta de la casa, para invertir en el negocio a cambio de un puesto de trabajo con proyección.

Con ese dinero Martín había terminado de remodelar el viejo *MareA* para convertirlo en el nuevo *Aqua di Mare*. El anterior café y bar ahora tenía un segundo piso y se erigía con toda la fuerza de las últimas modas.

Milagros tenía un gusto especial por correr entre el escritorio de papi y el de mami en la oficina de la planta alta del local. A pesar del bajo peso de la pequeña, los maderos del suelo crujían a cada paso y molestaban a Martín cuando hablaba por teléfono. A su lado, Dolores, sin quitar sus ojos de la pantalla de la computadora repleta de números le pedía a su hija que por favor no molestara a papá.

Cuando Martín cortó la comunicación telefónica, su mujer le preguntó si ese día iban a almorzar juntos porque tenía que pedirle un favor. Él le dijo que sí para comer, como lo hacía casi toda la semana y aún más en los últimos días en los que viajaban siempre juntos ya que el auto de su mujer se encontraba en el taller. Pero esta vez, ella decidió que antes de sentarse a la mesa iban a llevar a la nena con su madre así podían hablar ellos dos solos y tranquilos.

La oficina era un cubo con la calidez que le brindaban los listones de pino barnizados al natural que conformaban las paredes con estantes en la misma tonalidad, adornadas con macetas de helechos y piñas, y con dos ventanas con vista al océano que, al ubicarse a más de 200 metros del local, sólo mostraba la manta lisa y calma de su retaguardia.

Aquel mediodía invernal estaba despejado y luminoso, por lo que el viaje hasta la casa fue un agradable paseo. Teresa se quedó con su nieta y el matrimonio, en vez de regresar al restorán, eligió ir a almorzar a un *bistró* ubicado en la plaza principal, frente a la fuente, hasta donde se dirigieron en la camioneta de Martín.

-¿Qué me querías pedir? -arrancó Martín, ansioso.

-Voy a pedir una porción de rabas.

-No te pregunté por la comida, sino por el favor que me dijiste que me ibas a pedir.

-¡Ah!, perdón. Estaba viendo los precios.

-Bueno, decime.

-Igual, no te pongas a la defensiva ni nervioso porque no te voy a hacer ningún planteo raro. Cambiá esa cara.

-Está bien, a ver...

-Yo sé que es un tema exclusivamente mío, así lo decidimos desde el comienzo, pero tengo que ir a Mar del Plata por el tema de Josefina y esta vez quiero que me acompañes.

-¿Por qué?

-Es que el auto está en el taller y sé que vos no me vas a prestar la camioneta porque la necesitás. Además, no me gusta manejarla, no me siento cómoda.

-¡Y tanto misterio por eso! Pensé que me ibas a pedir algo más serio.

-Tampoco es una pavada.

-Pero no es el fin del mundo que alguna vez manejes la camioneta vos solita. Si es sólo por unas horas yo me las arreglo. Vos sabés muy bien que no me interesa en lo más mínimo estar cerca de esa mujer. Así que mejor andá vos y yo me quedo.

-Vos siempre pensás que a mí me gusta ir a ese lugar. Pero no es así. Y menos sola.

-Mirá, si tanto te molesta ir, no vayas y punto. ¿Cuál es el problema?

-Sabés muy bien cuál es el problema.

El plan para enfrentar la situación de Josefina ya llevaba casi un año y medio en marcha y parecía funcionar: Dolores, una vez al mes, iba a Mar del Plata a pagar el geriátrico y a hablar con los médicos para interiorizarse del estado de salud de la señora. Bien podía hacer eso por Internet o vía telefónica pero verla a ella, aunque sea por un rato, le permitía dormir un poco mejor por las noches.

“Te dije que no era agradable pero tampoco es horrible. Podrías haber pasado conmigo, ¿no?”, se quejó Lola mientras miraba por la ventanilla del acompañante las acacias que adornaba las verdes banquetas de la ruta 11 que unía Mar del Plata con Villa Gesell y los demás balnearios de la costa verde a orillas del Atlántico. Martín no le contestó porque sabía que estaba en falta y no quería generar una inútil discusión cuando era mediodía y aún faltaba seguir adelante con la segunda mitad de la jornada de trabajo. Pero ella parecía no estar dispuesta a dejar pasar el tema por alto. “A mi mamá la entiendo, pero a vos no”, prosiguió con un tono gruñón.

“No empieces con que soy demasiado egoísta y todo ese rollo, por favor te pido”, aseguró él mientras aceleraba su camioneta por el angosto asfalto que corría paralelo al mar y era quemado por el sol que caía en forma perpendicular y reverberaba con fuerza.

La baja estatura de la vegetación y las largas rectas eran, a la mitad de un día tan soleado, cómplices de los falsos espejos brillantes que parecían surgir de entre la brecha de la ruta, por lo que la vista del conductor se cansaba de tanta monotonía y

aburrimiento. Lola ya se había dormido viajando y ahora su rostro gesticulaba como en un sueño intenso. Martín miraba a través del cristal el film de sus últimos dos años, en los que había pasado de estar parado al borde del abismo al cénit de su vida.

Fuera de la camioneta, la maqueta del paisaje se agitaba cada vez más rápido hasta que se convirtió en una luz tan clara y tibia como cegadora. Entonces, el conductor ya no supo si el cielo había quedado arriba o debajo de él. Una serie irregular e interminable de flashes cubrieron su campo visual hasta que perdió el contacto con el volante, con su mujer y con todo lo que lo había estado rodeando hasta ese momento que parecía interminable.

Comenzó a gritar pero por más grande que abriera la boca no podía escuchar ni un solo sonido proveniente de su garganta, que le picaba y ardía hasta casi no poder soportarlo. Empezó a sentir un zumbido que le atravesaba la cabeza como una flecha de metal incandescente. El mareo se apoderó rápidamente de él y todo se convirtió en una especie de humo gris, denso y pesado como plomo que lo envolvía y no lo dejaba mover. Al cabo de unos instantes, en los que el tiempo daba la impresión de no pasar, un manto negro finalmente lo tapó por completo y ya no sintió más nada. Como si se hubiera dormido profundamente.

Cuando despertó, vio otra vez una luz clara, tibia y cegadora, pero ya no sentía aquel zumbido ni dolor y al abrir la boca escuchó que pudo pronunciar “¿dónde estoy?” y, acto seguido, una voz desconocida que le respondió: “En el hospital”.